

Ruperto campeón

Roy Berocay

loqueleg

—¡Ahí va, Vladimiro, prepárate!

7

En el arco, fabricado con ramas más o menos derechas, Vladimiro, vestido de golero, colocó sus brazos hacia adelante, moviendo sus guantes anaranjados.

El señor Siniestro, que tenía puesto un equipo de gimnasia que la gente que se hace la que sabe idiomas llama *jogging*, se inclinó y colocó la pelota en el suelo. A simple vista parecía normal. La pelota, no el señor Siniestro, que seguía pareciendo un viejo insoportable. Pero no lo era. La pelota no era normal. Bueno, Siniestro tampoco.

—¿Listo, Vladimiro?

—No, jefe, usted siempre dice que soy muy tonto.

—¡No! Digo si estás pronto.



—Ah, sí, jefe —Vladimiro trató de ver, pese a que era muy corto de vista como todo murciélago y vampiro de campo.

—¡Bueno, acá voy!

El señor Siniestro tomó carrera, unos tres metros y veinte centímetros, que según un tutorial de patear penales que vio en YouTube era la mejor distancia.

Corrió y pateó la pelota con todas sus fuerzas.

La pelota salió disparada hacia el arco a gran velocidad...

Y reventó la cara de Vladimiro.

Vladimiro cayó desmayado. Pero Siniestro no le prestó atención. Tenía una libretita en la mano y hacía cálculos. Estuvo así, sumando, restando, encontrando el factor x o la y , que estaba ahí justo entre la equis y la zeta. Luego fue a buscar un balde con agua.

¡Splash! Una palabra en inglés que usamos a falta de una palabra en castellano que nos sirva para poner el sonido de un balde con agua siendo arrojado en la cara de un vampiro desmayado.

Vladimiro abrió los ojos, los dos.

—¡Bueno, basta de siestitas, Vladimiro! Tenemos trabajo. Ya sé qué hicimos mal, así que ahora probemos otra vez.

Poco después se repetía la escena: Vladimiro en el arco y Siniestro a punto de patear un penal.

Carrera... un paso... dos pasos... ¡pum! Pelota por el aire. Pelotazo en la cara. Vladimiro desmayado otra vez.

Siniestro, aparte de estar maravillado por la economía de palabras del párrafo anterior, volvió a sacar sus apuntes, a tachar y corregir. Luego fue a buscar la pelota, se agachó y le



abrió una puertita. Sí, era una pelota con puertita secreta.

Adentro tenía un aparato con lucecitas y algo que hacía bip bip bip. Siniestro buscó en sus bolsillos.

10 Sacó su pase de ómnibus, un chicle usado envuelto en papel, un abrojo que le pinchó el dedo y un destornillador chiquito, de punta chata, no de esos con punta en cruz que se llaman Philip y nunca se encuentran cuando se los necesita.

Agarró el destornillador e hizo girar unos tornillos, obvio, para qué lo iba a usar si no.

Una vez hechos los ajustes, otra vez: balde, agua, Vladimiro al arco, carrera, pelota rápida, Vladimiro desmayado.

Si el señor Siniestro fuera un verdadero jugador de fútbol en un partido, su hinchada ya se estaría acordando de su familia, gritándole cosas lindas y tiernas. Por suerte estaban solos en el terreno al fondo del laboratorio secreto y nadie los veía, bueno, excepto un par de pájaros curiosos que no habían pagado entrada y la estaban pasando muy bien.

Podríamos seguir así un buen rato, tiro al arco, Vladimiro desmayado, ajuste, tiro

al arco otra vez, Vladimiro desmayado, pero sería muy aburrido, así que digamos que después de treinta y ocho tiros al arco, treinta y ocho baldes de agua, ajustes y todo eso, Siniestro finalmente hizo el gol.

—¡Gooooooooooooooooooooooooooooooooooooo!

Siniestro corrió como loco, que lo era, mostrando su remera a un público imaginario o a los dos pájaros del árbol. Luego se agachó, puso una rodilla en el suelo, bajó la cabeza y levantó una mano, señalando hacia ningún lugar. Se paró y movió las nalgas haciendo tres pasos de reggaetón, se dio una vuelta carnero y por último corrió a abrazar a Vladimiro, con el que rodó por el suelo dos o tres metros.

11

—¿No está exagerando, jefe? —Vladimiro había logrado zafarse y escupía arena y pinocha.

Siniestro se puso de pie. Sonreía, no como alguien feliz, sino como un loco demente. Sus ojos brillaban. Un moco le chorreaba de la nariz.

—¡Es que no entendés, Vladimiro! Con esto vamos a lograr mi mayor sueño.

—¿Jubilarse?

—¡No! Vencer a ese sapo, humillarlo para que todos piensen que no sirve para nada, hacerlo morder el polvo o arena de la derrota, Vladimiro. ¿Me entendés?

—¿Qué sapo, jefe?

12 Esta vez lo que salió disparado del pie derecho de Siniestro no fue la pelota, sino un conocido vampiro que tenía muy mala memoria.

Siniestro esperó un rato a que Vladimiro volviera, porque era su momento triunfal y no tenía gracia si no podía hablar con alguien más.

—¿Estás bien, Vladimiro?

—Sí, jefe.

—¿Puedo continuar?

—Sí, jefe.

—Para no tener que decirte lo mismo de nuevo, lo copio y pego, Vladimiro, poné atención esta vez: *Vencer a ese sapo, humillarlo para que todos piensen que no sirve para nada, hacerlo morder el polvo o arena de la derrota, Vladimiro. ¿Me entendés?*

—Cada día más vago, jefe, pero ¿por qué está tan contento y por qué un penal embocado va a servir para hacer todo eso que no quiero repetir?

—¿Es que no te das cuenta, Vladimiro?

—La verdad que no.

—Bueno, te lo voy a decir, pero los demás, si quieren saber, van a tener que seguir leyendo. ¡Jua jua jua jua! Es que soy tan malo.

Y así nomás Siniestro dio por terminado este capítulo.

¿Qué estaría tramando el muy truhan, qué trapisonda trastornadora tenía? ¿Por qué tantas palabras con te?

Ya lo sabremos, lo que tramaba Siniestro, no lo de las palabras con te, que fue porque sí nomás.